

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos

DISPONERSE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Jesús, sacerdote eterno, que sabes compadecerte de nosotros, que has sido probado en todo, tenemos los ojos puestos en ti: somos tuyos, acógenos. Déjanos oír hoy tu voz, tu Palabra, para que no se endurezcan nuestros corazones. Abre, Señor, nuestros corazones a tu Palabra, que tu gracia nos regale la comunión contigo. Amén.*

LEER

En el domingo 4º de Cuaresma, la liturgia invita a **“alegrarse”** en el Señor. Camino hacia la pascua, la Iglesia hace una etapa de reposo para profundizar en la alegría que nos viene: la generosidad desmedida de un Dios dispuesto a amarnos a toda costa.

El capítulo 3 del evangelio según san Juan narra la conversación teológica que mantuvieron Nicodemo y Jesús en Jerusalén (3,1-21). Nicodemo es un fariseo que admira a Jesús y se acerca hasta el umbral de la fe, pero no lo cruza. Su situación se lo impide; quiere ser coherente consigo mismo y con los suyos, por eso va de noche a ver a Jesús.

La lectura de este domingo resume la segunda mitad de dicha conversación. Aquí ya no interviene Nicodemo con sus preguntas, sino que sólo escucha la voz de Jesús en un impresionante monólogo sobre la salvación y la responsabilidad de la fe. Por un lado está el **“mundo” que no cree y es condenado** (tinieblas, obras malas, detestar la luz). Por otro lado, el **“mundo” que cree y es salvado** (obras realizada según Dios, luz, se acercan a la luz).

Lee el texto despacio en varias ocasiones.

Jn 3,14-21

¹⁴ *En aquel tiempo, dijo Jesús a Nicodemo: “Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre,*

¹⁵ *para que todo el que cree en él tenga vida eterna.*

¹⁶ *Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.*

¹⁷ *Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.*

¹⁸ *El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios.*

¹⁹ *Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas.*

²⁰ *Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras.*

²¹ *En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios”.*

ESCUCHAR – CONTEMPLAR

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

La serpiente en el desierto. El evangelio alude a la serpiente de bronce que aparece en el libro de los Números (Nm 21,4-9), cuando Israel estaba en el camino del desierto y se vio amenazado por muchas serpientes venenosas, fruto de su incredulidad en Dios. El Señor se compadeció ante la intercesión de Moisés y ayudó a su pueblo. Por encargo suyo, Moisés construyó una serpiente de bronce y la colocó sobre un mástil. El que era mordido por una serpiente y miraba a la serpiente de bronce permanecía en vida. Así es como se explica aquí el significado del Hijo de Dios elevado sobre la cruz: el que se encuentra suspendido sobre la cruz no es alguien que fracasa por completo rodeado de oprobios. Dios ha establecido que el Crucificado sea el símbolo de la salvación, la fuente de la vida. Es necesario levantar nuestros ojos hacia él y reconocerle como nuestro salvador.

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito. Detrás del Crucificado está Dios mismo. Él lo ha dado y mandado por amor a la humanidad entera, preocupándose por su salvación. La cruz de Jesús es, desde un punto de vista externo, un signo de fracaso, de que Dios había abandonado a su Hijo y de que la crueldad humana había triunfado. Mirándolo en profundidad, se puede reconocer a Dios que envía a su Hijo, y entonces la cruz se convierte en símbolo del ilimitado amor de Dios. Ella demuestra hasta dónde llega su amor y hasta dónde llega Jesús en su entrega por los hombres.

Dios ama al mundo y quiere la salvación del mismo. Su amor es de tal calibre, que viendo la cruz podemos afirmar que con tal de salvarnos Dios ha entregado a su propio Hijo. Lo más preciado para Dios, su propio Hijo, lo pone en nuestras manos exponiéndose a los peligros de este envío, consciente de que caiga en manos de malhechores, que sea víctima de su ceguera y crueldad y que sea crucificado. Los hombres tenemos tanto valor a sus ojos que él pone en riesgo a su propio Hijo por nosotros.

Que Dios manifieste una solicitud increíble por nuestra salvación no significa que ya estemos fuera de peligro: Dios no nos puede salvar sin nosotros o en contra de nuestra voluntad. De nosotros se exige que nos abramos a esta solicitud de Dios, que tomemos en serio este amor suyo increíble, que creamos en el Hijo de Dios crucificado.

HABLAR CON DIOS (REZAR)

Jesús se presenta como elevado en la cruz, pero también como glorificado en el sufrimiento. En él se nos brinda la visión concreta y desconcertante del amor de Dios. Si tenemos los ojos fijos en el Crucificado, poco a poco, como fuente viva, brotará en nosotros el testimonio del Espíritu: Cristo “me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20). Y esta fuente no dejará nunca de borbotear su canto de amor en el que confluyen lágrimas de arrepentimiento y lágrimas de alegría.

Repite en tu interior: **“Cristo me amó y se entregó por mí”**

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.